

TIERRAS DE CASTILLA

Melgar de Fernamental

Bajo un cielo totalmente anubarrado, las llanadas tendidas hacia Melgar de Fernamental, se cubren de una tonalidad gris oscura, en este atardecer de frías claridades, prontas a extinguirse.

La lluvia ha empapado los campos y saturado los barbechos propicios ya para la siembra: yertos y desnudos en una soledad prolongada en lejanías, se alejan en suaves ondulaciones hasta perderse en la infinita tristeza de la tarde que muere, sin luces de crepúsculos, en sombríos horizontes cerrados por húmedas brumas.

La monótona horizontalidad de estas tierras de labor, no se anima con galas de arboledas, ni se rompe en afloramientos de roquedal, solo lindes barbadadas de humildes hierbas agostadas, marcan la separación de estas hazas de poderosa facundidad, dormida en sus entrañas en largos días de invernada y pujante al despertar en alboradas de primavera, hasta convertir la dilatada llanada en mar espeso de ondulantes mieses.

Como emanación de la tierra en la que hunde sus milenarias raíces, surge la villa de Melgar de Fernamental asomada, en estos extremos occidentales de la vieja Castilla, al cauce excavado, sobre amplios lechos de graba, por las aguas del Pisuerga, escoltadas a trechos por arboledas de pálida coloración otoñal.

El vasto caserío moldeado con materiales de la llanada patinados de aires campesinos, se reparte en calles surcadas por profundas rodeiras de arcilla, flanqueadas de hogares labriegos, corralizas, tapiales y establos, con predominio del adobe encalado o con el matiz tostado y y reseco del terrazgo. Casas más acomodadas ostentas dentro del empaque moderno la nota de un violento colorido proyectado por el rojo

ladrillo de sus fachadas. Sólo la monumental iglesia parroquial y las mansiones de linaje, acentúan la prestancia de sus símbolos y blasones al revestirse de piedra arrancada en lejanas canteras.

La iglesia, de impresionantes proporciones, abre una gentil portadita de principios del siglo XVI, con delicadezas de ejecución en estatuas de ángeles músicos que voltean en sus arquivoltas y en el Calvario que la preside incluido en airoas curvas de un arco de pabellón.

El dilatado ámbito interior bajo bóvedas que planean a gran altura, queda deslindado por gruesos y elevados cilindros de piedra en tres naves, con alojamiento de capillas en las laterales, profusión de retablos barrocos y estatuas sepulcrales de antiguos prebendados de la iglesia.

Todo el aparato exterior, recio y mazizo, culmina en torre cuadrangular del siglo XVI, rematada en tiempos modernos por cúpula bulbosa, en lamentable deformación de la fuerza y grandeza que transciende del monumental conjunto.

A fines del siglo XVI la iglesia fué sometida a completa reedificación. Por contrato del año 1582 los maestros de cantería Pedro de la Torre Bueras y Pedro de Escarza, vecinos de Burgos, se comprometieron a proseguir las obras iniciadas años anteriores por Juan Escarza, en torres, pilares y capilla de la iglesia de «Melgar de don Fernán Mentalez».

Frontero a la iglesia el Palacio del Cordón despliega en la portada el cingulo de San Francisco con escudo de familia desconocida encerrado en un entrelazo del cordón. La inscripción en el cubo del esquinual alusiva a los Ceballos no guarda, a juicio de don Luciano Huidrobro, relación alguna con los timbres del escudo.

La Casa Ayuntamiento de la villa se aloja en el Palacio de Fernán López del Campo, del Consejo de Hacienda del Rey Felipe II y Señor de la villa de Melgar y su tierra. Hacia 1573 se construía la mansión señorial por los maestros de cantería italianos Bartolomé Carlone y Angelo de Bagut, residente este último en Melgar durante la ejecución de las obras, ya terminadas en 1576.

Los años centrales del siglo XVI señalan el mayor florecimiento material alcanzado por el lugar, al que no son ajenos los alardes constructivos que al embellecerle, multiplicaban los ecos de distinción por los ámbitos de la villa castellana bajo el señorío del Consejero de Hacienda Fernán López del Campo. Sin embargo, la potencia económica de este magnate se resiente a partir del año 1574, al verse obligado a hipotecar en 21.000 ducados la villa de Melgar de Yuso e Itero del Castillo.

Del Señorío inexistente ya en 1592, nos queda la escueta noticia proporcionada por Enrique Cock, de la Compañía de Arqueros de Felipe II y Cronista de la Jornada de este Soberano por tierras de Castilla y Aragón. Al anotar la llegada de Felipe II a Melgar en la noche del 3 de Septiembre de 1592, observa lo populoso del lugar y el Señorío del Consejero, a la sazón confiscado y aplicado a la Cámara de S. M. por ciertos excesos cometidos por su dueño.

Cayó el Señorío y el azote de una peste apocalíptica arrasó la prosperidad y segó la mayor parte del vecindario de Melgar. En el verano de 1596 un licenciado llamado Mesa esparció entre las gentes amedrentadas la pavorosa significación de un planeta aparecido en el mes de Agosto, como expresiva de las tres plagas, «hambre, guerra y mortandad de que Dios nos libre...»

Cumpliéronse los fudestos presagios al iniciarse la mortandad el día de San Pedro de 1597, por contagio de un hombre de Calahorra próximo a Herrera de Río Pisuerga, que durmió en casa de un letrado de Melgar, exterminando en ella diecisiete personas. La epidemia se extendió con inusitada rapidez entre el vecindario empavorecido, cuya moral se intentó levantar con procesiones, hogueras y toros «para alegrar a la gente».

Al mejorar la Sanidad pública en enero de 1598, la villa acudió al Corregidor de Burgos don Diego de Vargas, suplicándole levantase el riguroso aislamiento exigido por la enfermedad. Don Diego se negó con amenazas de penas rigurosas para los que intentasen entrar o salir de Melgar, y mandaba que los vecinos labrasen las tierras sin comunicarse con nadie y que se mantuviesen las guardas puestas en el lugar; esta inflexibilidad la justificaba con las siguientes consideraciones: «.....pero habiendo sido la peste tan dilatada que en quinientas casas de vecindad murieron mil y quinientas personas....., no me atrevería por solo mi parecer a dar la plática que se me pide..... no basta que muchas casas estén limpias y purificadas, si no lo estan todas, ni que mucha ropa esté quemada..... pues en un rincón y en un pliegue de un sayo puede quedar encerrado aire corruto que inficiona a toda España.....»

El tiempo desvaneció el ambiente estremecido de angustias y la vida renació abierta a la esperanza con ansias milenarias que en nuestros días se logran, al cumplirse los diez siglos de existencia de la villa, fundada hacia mediados del siglo X por el noble castellano Ferrant Armentales.

El Condado de Treviño

Con el pretexto del deplorable estado de la carretera de Vitoria a Bernedo, acentuado, al parecer, en el tramo que atraviesa el Condado de Treviño, un cronista, anónimo para nosotros, titulado Don Prudencio, formula, en forma destemplada, breves consideraciones sobre lo insólito de este enclave burgalés en la moderna provincia alavesa, atribuyéndole con despreocupada ligereza a «los azares de la política del siglo XIX».

Salvando la resentida inclinación del que se escuda en el seudónimo, contestamos con la afectuosa medida a que nos obliga el respeto, la simpatía y alta estimación, que en todo momento, sentimos por la noble tierra alavesa.

En primer lugar, tengo entendido que la carretera de Vitoria a Bernedo corresponde en su conservación y arreglo al Estado, sin que la Diputación de Burgos, tenga en ella la más pequeña intervención. Y aun en el supuesto que la carretera fuese provincial, no justificaría que el abandono de los tramos confiados a nuestra Diputación hallase correspondencia con la existencia de otros, en el mismo estado, a cargo de la Diputación alavesa.

Sin la pretensión de hacer callar al cronista del viaje a Bernedo, y con el cuidado de eliminar todo acento didáctico en la exposición de antecedentes históricos que explican la existencia del enclave, deseamos remontarnos a un documento del siglo XII (Votos de San Millán) tenido por sospechoso, pero muy utilizado, por la certera visión geográfica de tiempos anteriores, en el que se incluye a principios del siglo XI entre las diferentes comarcas alavesas, la del «Río Ivita», referida a la cuenca del río Ayuda, afluente del Zadorra, comprendida entre los montes de Vitoria al Norte y los de Toloño y Cantabria al Sur.

En ella fundó Sancho el Sabio de Navarra la villa de Treviño, hacia el año 1151.

La comarca continuaba con el nombre de Ivita o Ibidam al ser conquistada Alava en el año 1200 por Alfonso VIII de Castilla, si bien destacando personalidad propia dentro de la tierra alavesa a juzgar por el texto del Arzobispo de Ximénez de Rada.

La preponderancia de la villa fundada por Sancho de Navarra que recibió franquezas de Alfonso X de Castilla, oscureció el nombre antiguo de la comarca que empieza a ser designada con el nuevo de Treviño.

A raíz de la incorporación a Castilla, una buena parte de Alava se organizó bajo la suprema autoridad real de Behetría, es decir, un grupo de población que podía elegir libremente Señor, ocupando en la jerarquía medieval el término medio entre los municipios libres y los pueblos de señorío absoluto. Por el contrario, Vitoria y Treviño, incluidos en el Señorío real de Alfonso VIII, dependían directamente del Monarca castellano «...et aquella tiera sin aquestas villas llamaban Cofradía de Alava.....» (Crónica de Alfonso XI).

Esta situación, que hacía resaltar diferentes individualidades dentro de la región alavesa, terminó de hecho en 1332, con el reconocimiento del Señorío real por la mencionada Cofradía en el Campo de Arriaga.

Nuevamente se marca una diferenciación en el núcleo alavés, al ser donado Treviño en 1366 por Enrique II al Adelantado de Castilla, Don Pedro Manrique.

Este Centro nobiliario, enclavado como un islote en la Comarca realenga alavesa, inicia un período de aislamiento durante el cual sus moradores no tienen otra preocupación que la de concertar el rescate de los tributos Señoriales llamados Moyos de Pan y Cerraduras de los Montes de Treviño, concordia lograda con el primer Conde de Treviño, Don Diego Gómez de Manrique.

Culminó el aislamiento en los años centrales del siglo XV por motivos de actuación de las Hermandades, constituídas por todo el territorio alavés con fines de policía y seguridad.

En las ordenanzas dadas a las Hermandades por Juan II en 1417, figuran las de Treviño al lado de las de Vitoria, mas en la reunión de Ribavellosa en 1463, no aparece ya Treviño y los cronistas anónimos alaveses del siglo XVI, atribuyen la ausencia a presión de los Señores del Condado, juntamente con celos y temor de los de Treviño de quedar sujetos a Vitoria.

Los aludidos comentaristas les suponen pesarosos por «haberse desmembrado de Alava», porque entra en ellos el Alcalde del Adelantamiento, que no entra en los de la Hermandad. (Ms. de Cosas Alavesas del año 1585 por Diego Paternina).

Un amplio testimonio de fines del siglo XVI comprensivo de los lugares, partidos y merindades de la Ciudad de Burgos, incluye a continuación de Miranda y su partido «la villa de Treviño y su tierra y La Puebla de Arganzón».

En el siglo XVIII, el Condado de Treviño estaba unido al Corregimiento de Burgos, cuyo Intendente se dirigió en 1763 al Alcalde y Juez ordinario del Estado Noble de Hijosdalgo para que procediese al sorteo de los mozos que hubiese en el Condado.

En 1784, con motivo de una provisión de maderas para la fábrica de armas de Plasencia, el Corregidor de Burgos ordenaba a la «Justicia de la Villa y Condado de Treviño como comprehendido en esta provincia y Corregimiento de mi cargo.....» pare que franquease los nogales que hubiese en él para su transporte a Plasencia.

Los de Treviño contestaron que la orden del Rey alcanzaba únicamente a la provincia de Alava.... «y los pueblos de este Condado son de Castilla la Vieja que no tienen obligación alguna contraída,... para el corte de nogales de este dicho Condado.....»

Esta unión y relación administrativa con tierras y autoridades burgalesas, se refuerza con una comunicación de 1796, trasladada por el Conde Isla al Ayuntamiento de Treviño. En ella el Conde al interpretar las Reales Ordenanzas de montes y plantíos de 1748, cree «.....se hallan y deben estar sujetos los de esa villa y demás pueblo del Condado, al Alcalde Mayor de Miranda, por el hecho de ser el Juez realengo más cercano e inmediato, y como tal conocerá de todas las causas de mayor cuantía que ocurran en esos pueblos.....»

En la rápida y esquemática exposición de los documentos históricos alegados, se percibe con claridad el secular enlace del Condado de Treviño con la tierra burgalesa y el fundamento de su inclusión en la provincia de Burgos, según la demarcación ordenada en 1833.

Alfoz de Arreba

A lo largo de la carretera de Santander, y a la altura del kilómetro 312, aparece a la derecha la desviación de un camino provincial abierto entre abrupta cortadura, al Alfoz de Arreba (1) dispuesto en impresionante anfiteatro frente a una isla montañosa densamente arbolada en su parte septentrional.

Crestones desnudos, plumizos, erguidos hacia alturas de vértigo, culminan en luminosos silencios, coronando taludes tapizados de helechos o pedregosos derrumbaderos taladrados por raíces de encinas centenarias.

Desciende el silencio de las cumbres e invade las labranzas de la vega, recorrida por pompas de frutales y por cortinas de umbrosas arboledas a cuyo sosiego se acogen diminutos pueblecitos de rojos tejados y destacadas solanas en comunicativa intimidad con la placidez incommovible de la aldea.

(1) Jurisdicción medieval de un Municipio sobre varios lugares.

A través de los espinos en flor de sendas y ribazos, los trigales altos y las cebadas doradas, se doblan blandamente en prolongadas ondulaciones estremecidas por una brisa, cuyos rumores apenas si recogen la calma en que se extingue la serenidad de la tarde.

En las quebradas y honduras del agreste paisaje, siempre verdes bajo el azul pálido de un cielo con presentimientos de mar cercano, despertaron en la lejanía histórica ecos épicos de legendarias vestiduras, diluídos y ya olvidados en esta soledad, que deja como clavada e inerte la brava pujanza de la Naturaleza.

Sobre arrogancias de piedra, el castillo de Arreba, en señorío de valles y horizontes, se disgregó a las acometidas de soles y ventiscas, enmascarados sus restos, apenas perceptibles, con la pátina del inaccesible roquedal que le sustentaba.

Seguramente había vivido las gestas de la Castilla Condal, y en los días del nacimiento del reino castellano, la fortaleza presenció el desmembramiento de los territorios del Norte y del Este, a favor de García VI de Navarra, cuyos estandartes ondearon en las torres del castillo de Arreba bajo el señorío del noble Salvador González que le gobernaba y defendía en el año 1040, frente a las tierras del Alfoz de Bricia poseídas por el rey Fernando I de Castilla.

La muerte de García VI en la batalla de Atapuerca (cerca de Burgos) en 1054, despejó de enseñas navarras gran parte de las tierras desmembradas. Arreba se reintegró al reino castellano y su señor Salvador González pasó al servicio de Fernando I con la investidura del Condado de Bureba, recientemente incorporado.

Tronco de la Casa de Lara por su hijo Gonzalo Salvadórez, dió patética resonancia a sus enterramientos del monasterio de Oña, al recibir con ruda pompa funeral el cuerpo ensangrentado de este magnate conocido, por su incamparable bizarría, con el sobrenombre de «Cuatro manos» muerto con otros nobles castellanos el año 1083 en la sorpresa del castillo moro de Rueda.

La actuación de estos indomables batalladores en las mandaciones (2) tendía a dulcificarse con la penetración de influjos de índole espiritual, que suavizaban las costumbres y daban calor el sentimiento cristiano de caridad, justicia y de eterna esperanza, en el pecho de los débiles y desheredados de aquella edad de hierro.

Alfonso VII, Rey Emperador de Castilla, al estimular en 1139 la fundación del monasterio de Quintanajuar, continuado años después en el de Santa María de Ríoseco, del Valle de Manzanedo, reforzaba

(2) Demarcaciones señoriales concedidas por el Rey.

el relieve económico y ensanchaba su ascendiente moral, con la donación de los derechos reales en tierras, prados y bosques de los lugares de Hoz, Pradilla y Landraves del Alfoz de Arreba; la generosidad regia aparecía aconsejada y confirmada por el Conde Rodrigo Gómez, posible señor de Arreba y compañero del monarca, en las jornadas triunfales por tierras musulmanas.

En el siglo XV, el Alfoz de Arreba aparece vinculado al linaje de los Laras, representado en estas tierras burgalesas del Norte por el Conde de Castañeda Don Juan Manrique. Pródiga en bienandanzas la prolongada existencia de este singular personaje, por el crédito y extensión de sus vastos dominios, extendidos por las modernas provincias de Santander, Palencia y Burgos, lo fué también de múltiples desventuras. Como guerrero, al ser hecho prisionero por los moros de Granada, como esposo, por su incontinencia matrimonial, iniciada con insolente violencia y paseada con desenfadada ostentación por los ámbitos de Castilla, y como padre, por la amargura del asesinato de su hijo Don Juan, gentil capitán de Hombres de Armas, por Gonzalo Muñoz de Castañeda, Señor de Hormaza, en una tragedia de celos en la cual sucumbió igualmente Doña Isabel de Silva, esposa del Señor de Hormaza.

Al viejo y cansado anciano le enterraban en 1493, a la edad de 95 años, en el Monasterio de la Trinidad, de Burgos. En el mayorazgo instituido a favor de su primogénito, Don Garcí Fernández Manrique, primer marqués de Aguilar, se incluía el Honor de Sedano y el Alfoz de Arreba.

Se eclipsan los timbres de los Aguilar y Manrique, al ser sustituidos por los de los Velascos traídos por una rama desgajada de esta poderosa familia a estos valles patriarcales de Arreba. El Condestable Don Pedro Fernández de Velasco, muerto en 1559, creó un mayorazgo para un hijo natural llamado Pedro de Velasco, con las casas del Paso en las calles de San Juan y Comparada de Burgos, con el castillo y aldeas de Arreba y la fortaleza de Cilleruelo de Bezana. Perdían brillo los blasones de la gran Casa Castellana, sin disminuir el presuntuoso empaque de estos hidalgos en el ejercicio de su altiva jurisdicción, servida por merinos y alguaciles, muy solícitos en la exacción de tributos y gabelas inherentes a un régimen semifeudal, que se obstinaba en persistir en la reducida dimensión de su oscuro señorío de tipo aldeano.

En el abandono y en la soledad se extinguió la épica vibración del castillo de Arreba, al cuartearse la fortaleza de sus muros, ante la indiferencia de los campesinos que no podían comprender la arrogancia de

su gesto retador en la paz florida de sus campos generosamente embe-
llecidos, y esta indiferencia precursora del olvido, alcanzó a los linajes
señoriales, impotentea para prolongar en la sucesión de los días, la
tradición esforzada de sus nobles antepasados.

TEOFILO LOPEZ MATA

Cronista de la Ciudad